

## Asturias, ensoñación y realidad.

José Luis López Tamargo.  
Colaborador de La Nueva España.  
Oviedo.

Asturias es un romance tras el que asoma el tibio sol, abriéndose paso entre las tornadizas nubes encapotadas, que suelen sembrar orbayu y fecundidad en una tierra de majadas, brañas y vegas. Asturias es paisaje de lomas verdes y prados, acuarelas de marinas cantábricas, valles pintorescos y dramáticos, cumbres de orogénesis herciniana y alpina.

Dicen que había 22 tribus ástures, de carácter indómito en una tierra de arte parietal superior, acaso de cultura muy afín a los habitantes preindoeuropeos de la Dordoña, Lascaux y la hermana Altamira. Clanes de osos cavernarios y cazadores de bisontes cantábricos, jinetes de équidos que fueron plasmados en el arte rupestre; celtas de la Europa de la Edad del Hierro, fabricantes de torques, forjadores ganaderos y guerreros, conocedores del arado.

Con deidades como Lug, Cernunnos, Tarannus, Vindonnus, Belenos o Deva, Asturias formó parte del área cultural indoeuropea, con conexiones atlánticas y celtibéricas. La adoración a los bosques, el “aconceyar” bajo la sombra protectora del texu o teixo, los robles o carbayos, dólmenes y áreas funerarias ancestrales, castros habitados ya desde el -VII A.C aportan un imaginario naturalista y panteísta.

Las tierras ástures fueron las que más oro suministraron al imperio Romano durante décadas, tras ser vencidos junto a los cántabros de lábaro. Se practicó la técnica de “arrugia”, o “ruina

montium”, como es observable en las bercianas Médulas.

La periférica sociedad astur se romanizó, con gentes de aquí y allá, esclavos y libertos mineros, ibéricos y galos. Surgieron termas, mosaicos, habla romance perenne, caminos practicables, una espiritualidad de lares y penates, hórreos o graneros totémicos alzados sobre pegollos o pilpayos, inscripciones y una civilización de sagum, villas, quintanas, antojanas, exvotos y aras sextianas.

Asturias, que fue medio protectorado suevo pero una zona apenas visigotizada, con la resistencia insurrecta al dominio total del Islam, se convierte en zona de inmigración goda y de expansión. El arte asturiano prerrománico será una síntesis de soluciones eclécticas sencillas, pero de gran significación universal: modelos tardorromanos claves, de la propia tradición castreña local, visigodos, carolingios o lombardos, influencias bizantinas y mozárabes.

El Reino de Asturias, con Covadonga, la Cámara Santa, el Pelayismo y la fabada calaron fuerte como tópicos muy típicos. Asturias, la de pixuetos y aguadores, arrieros, vaqueiros, hidalgos y obreros, ilustrados y Xuanón de Cabañaquinta.

La de gentes y próceres de mérito: Campomanes, Jovellanos, Campillo, Flórez Estrada, Melquíades Álvarez y Manuel Llana, Santiago Carrillo y Torcuato Fernández Miranda.

De mujeres como Gaudiosa, Adosinda, Velasquita Giráldez, la Reina Urraca,

Dolores Medio, Rosario de Acuña, Margarita Salas. Cuna de indianos y de la Reina Doña Letizia, hay leyendas de borrosos contornos, el 25 mayo 1808, la industrialización, Octubre del 34.

Una Asturias de Palacio Valdés, Evaristo Valle, José Antonio Mases, Clarín y el Krausismo, talleres, avances sociales. Los regionalismos y nacionalismos tienen un origen decimonónico y huelen a carlista alcanfor.

Pedro de Silva y el finado Juan Cueto Alas vieron que sólo era posible un

regionalismo moderado, que supiera conectar lo idiosincrático con valores universales y sociales, ciudadanía y democracia.

Hoy, Asturias es sidra, turismo rural y de paisaje, con un gran patrimonio histórico descuidado. Honrosos ecos mineros, ciudades cultas y de postal. Innovaciones y remedos de nosotros mismos. “Esperando por el Godot“ verde, resiliente, digital, el Ave, conexiones y ecoaldeas.